

flor; más bella y graciosa que cuanto yo me imaginaba. Pero mi amor por ella se ha trocado en ansia angustiosa. Tiemblo ante mil peligros que no sabría nombrar, porque lo que hace ella y lo que deja hacer en torno suyo, contradice absolutamente mis convicciones sobre el honor. Hace poco, cuando me hablabas de aquella precoz culpable, corrió hielo por mis venas, al pensar que... ¡No... mil veces no! Aquí es mi puesto! aquí estoy!...aquí me quedaré!

*Conde.* Concedo que tienes buenas razones; pero te encuentras muy exitado y todo lo ves demasiado negro.

*Rob.* ¡Dios quiera que sea eso! (*Oculto la cabeza entre las manos.*)

### ESCENA X.

DICHOS, ALMA.

(Alma trae en la mano un azafate con una botella de vino y dos vasos. El Conde retrocede sorprendido al verla; ella arroja un ligero grito, y está á punto de dejar caer el azafate, que pone luego sobre la mesa.)

*Conde.* (*Rehaciéndose, corre á ayudarla.*) ¡Oh! por poco hacemos un estropicio, señorita. (*Entre sí.*) ¡Aquí sí que va á haber estropicio!

*Rob.* (*Abrazando por el talle á su hermana.*) Aquí la tienes, querido Trast. ¿No es verdad que es un ángel? Vamos, acércate á él, dale tu linda manecita y dile: muy bien venido, señor!

*Alma.* (*Bajo al conde al llegar á él.*) No hay que decir nada ¿eh?

*Conde.* (*Para sí.*) ¡Desgraciado! ¿Cómo haré para sacarle de aquí?...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO

Sala de recibir en casa del Comendador Mülling. Mobiliario rico y de gusto severo. Al fondo, gran puerta abierta que conduce al salón de comedor, que debe verse con la mesa puesta figurando que se acaba de comer. Gabinete á la izquierda y al lado él mesa ovalada ó redonda y sillones. A la derecha mesita redonda con una mecedora pequeña. Chimenea. Reloj de pared.

### ESCENA I.

EL COMENDADOR MULLING Y CARLOS, su hijo, entran del salón de comedor á la sala, dirigiéndose á la izquierda. LEONOR sentada en un sillón, examinando un libro. La Sra. Mülling, sentada junto á Leonor. Toman una taza de café que les sirve un criado. En el comedor se ve un sirviente arreglando la mesa.

*Car.* Te repito, papá, que el caballo negro es hermosísimo.

*Müll.* Sí, hermoso, pero muy caro.

*Car.* Te parece caro...Dios mío!

*Sra. M.* Añadiré la cantidad que falta para que compres el caballo que tanto te gusta.

*Car.* (*Besándole la mano.*) Cuánto te lo agradezco, madre mía! Te ofrezco hacerme admirar del pueblo, montado en mi caballo. (*á su hermana*) A tí te permitiré también que me admires, hermana mía.

- Leon.* Sí, mi querido Carlos. (*Sigue leyendo.*)
- Car.* Lotario Brand y Hugo Stengel deseaban venir para examinar el animal. Puede ser que esto te interese.
- Leon.* Oh. No me maravilla ciertamente que vengan esos señores; como no tienen nada que hacer... (*Mirando el reloj.*) ¡Dios mío, con qué lentitud pasan las horas! (*Impaciente. Váse el criado.*)
- Sra. M.* Hija mía, no debieras hablar tan severamente de esos señores, porque Lotario aspira á tu mano.
- Leon.* ¿De veras?
- Müll.* Creía que lo habías notado.
- Leon.* Absolutamente en nada, padre mío.
- Sra. M.* (*A media voz á Mülling.*) Estás insoportable, Teodoro. No es este el modo.....
- Müll.* Conocemos perfectamente esta música, hija mía. Pero el orgullo de los hijos contra los padres tiene sus límites.
- Leon.* (*Resentida*) ¿El orgullo contra los padres?
- Müll.* ¿Cómo deberemos llamar á las salidas que tú hallas siempre desde hace diez años para rehusar á los pretendientes ricos y considerados? Yo era un simple *burgués* no muy rico, y me elevé poco á poco con mis solas fuerzas.
- Carl.* (*A la espalda de Leonor, bajo*) Sí; pero él hizo un buen matrimonio.
- Müll.* ¿Qué dices, Carlos?
- Carl.* Nada de importancia, papá.
- Müll.* Sí, yo no encontré la vida tan cómoda como tú, hijo mío. Toma mi ejemplo: yo no quiero hacer el rico fanfarrón y deseo que mis hijos hagan como yo: solamente lo que aconseja en la clase elevada en que vivimos, la buena educación.

- Carl.* (*Ap.*) Y el buen negocio.
- Leon.* No creo merecer el extrañamiento que me haces.
- Sra. M.* [*A Leonor.*] Te ruego expliques las razones que tengas para no creerte merecedora de las indicaciones de tu padre.
- Leon.* [*Con amargura*] Madre mía.....
- Sra. M.* (*Nerviosa.*) Por fin te explicarás!
- Leon.* (*Levantándose.*) Dios mío! ¿Por qué no me permitís que yo me forme el porvenir, conforme á mi caracter? Soy modesta por temperamento y no pido otra cosa que vivir para mí misma.
- Müll.* ¿Y tú llamas á eso modestia? ¿Dónde estaría entonces la santidad de las tradiciones de familia?
- Sra. M.* [*A su marido.*] Ya pienso yo en ello y tiempo hace que no quito los ojos de ese asunto.
- Leon.* ¿Por mi causa?
- Sra. M.* Con tus caprichos diarios, incurres en muchas inconveniencias. Por ejemplo, ¿quieres explicarme qué significa tu empeño en mandar ramos de flores á un dependiente que vuelve á la casa?
- Leon.* ¿Te refieres á Roberto?
- Sra. M.* Precisamente, me refiero al señor Roberto Heineke. (*Con desprecio*)
- Leon.* Pero Roberto no es simplemente un empleado de mi padre: es casi como de nuestra familia.
- Car.* [*Irónico.*] Mil gracias.
- Sra. M.* ¿Crees eso porque nosotros lo hemos levantado desde el fango?

29375

ESCENA II.

LOS MISMOS Y GUILLERMO.

Müll. ¿Quién es?

Guill. El joven señor Heineke me encargó de anunciar que á las dos tendrá el honor... [*Leonor hace un movimiento involuntario y mira el reloj.*]

Müll. ¡Cómo! Se hace anunciar como si fuera un gran señor! Está bien.

Guill. Con el permiso del señor Comendador... había olvidado que el señor Conde Trast desea acompañar al joven Heineke.

Müll. (*Levantándose con rapidez.*) ¡Cómo! ¿El Conde Trast? ¿Carlos, sabes que el Conde Trast es el rey del café? (*Hace señal al criado para que se retire. Vase el criado.*)

Car. Nuestro dependiente es verdaderamente afortunado.

Müll. Amalia, necesito invitar á comer con nosotros al Conde Trast.

Sra. M. Está bien: para mañana.

León. ¿Cómo? ¿No invitas, padre mío, al señor Roberto Heineke y sí al Conde Trast?

Müll. En efecto, á decir verdad, tienes razón... si alguna vez descendemos hasta esas gentes, les encadenamos vida y alma á nuestros intereses. Tales procedimientos entre las riquezas suelen dar fruto. Este joven bajo la dirección de mi sobrino aprendió á hacer buenos negocios, y como yo quiero mandarlo por otros diez años á las Antillas... (*Con intención.*)

León. (*Disgustada.*) No lo entendía yo así, padre mío!

Müll. Eso no importa.

Sra. M. Oye, Carlos, debes tener cuidado con ese

jóven, no vaya á cometer alguna tontería. Su origen humilde me hace presentir incorrecciones de su parte.

Car. (*Levantándose*) Perdonadme. Creo que tendreis gusto en invitar también á mis amigos.

Müll. Seguramente: también á tus amigos. Los jóvenes siempre tienen tiempo que perder.

Car. Te ruego entonces que me dispenses; no es posible que yo ponga en relación á jóvenes de familias distinguidas, con el hijo del... (*Indica hacia la ventana.*) del señor Heineke.

León. (*Bajo á Carlos.*) Entiendo que debías más bien decir: con el hermano de la señorita Heineke. [*Sarcástica.*]

Car. (*Alarmado.*) ¿Qué quieres decir?

León. Es preferible que no te responda.

Car. ¿Por qué?

León. ¿Deseas que hable?

Car. Tus reticencias parecen amenazas. (*Con enojo.*)

Müll. Hijos míos: no me agradan en mi casa semejantes escenas.

Sra. M. No queremos verlas, Teodoro, ¿comprendes? Yo me retiro y supongo que tú quedarás también descansar. (*Mülling le besa la frente con etiqueta.*)

Car. [*Aparte.*] Oh! El tiempo viejo! (*Alto.*) Que descanses, madre mía. [*La Sra. Mülling hace medio mutis. Mülling toca un timbre y aparece un criado.*]

León. [*Corriendo tras de su madre.*] ¡Madre!

Sra. [*Volviéndose nerviosa.*] ¡Está bien! Déjame! (*Entra Guillermo.*)

Müll. Si viene alguien á visitarme, avísame; estoy en mi gabinete de trabajo. (*Mülling y Guillermo se van.*)

- Leon.* (A Carlos que intenta marcharse.) Me parece que debemos hablar, Carlos.
- Car.* ¿Nosotros?... ¿Cómo?... No creo....
- Leon.* ¿No deseas pedirme nada?
- Car.* Me parece que no te agrada verme obrar como hombre de mundo; tú querías todavía conducirme como un muñeco, porque eres cuatro años mayor que yo y me enseñaste á dar los primeros pasos. Pero ahora puedo andar por mí solo, y aquí hay quien pretende que vaya demasiado lejos... Te ruego no te mezcles en mis asuntos y me dejes volverme santo del modo que más me agrade...
- Leon.* Nunca te hice el menor reproche. Puedes llevar una vida tan disoluta como te plazca, pero ten al menos el valor de confesarlo.
- Car.* No te comprendo.
- Leon.* Tú aparentas ser un hijo de familia obediente y sumiso, para reirte en cuanto vuelves la espalda á tus padres. Creeme, Carlos, de esa manera avanzas hacia la ruina.
- Car.* ¿De veras? [Irónico]
- Leon.* Y te suplico una cosa. Que respetas al menos esta casa, como es tu deber.
- Car.* Eso haré, con la ayuda de Dios.
- Leon.* ¿Sabes lo que se murmura en el lugar y en las oficinas? Que persigues á la hermana de Roberto Heineke... Que tú...
- Carl.* (Encogiéndose de hombros.) Ah! si descendes á dar oído á charlas de esa especie...
- Leon.* Carlos, deja ese tono insolente que te sienta muy mal. Te he ahorrado hoy la vergüenza de que nuestros padres conozcan la verdad, pero otra vez no lo haré. Sobre todo, oye una cosa: Roberto ha llegado; si en-

- contrase á su hermana culpable.... [*Carlos quiere interrumpirla.*] No me digas nada, yo nada temo... no quisiera creerlo; pero esa joven es ligera y vanidosa... Si fuese cierto lo que dicen y por culpa tuya... él te pediría reparación.
- Carl.* ¿Quién? ¿Mi dependiente?
- Leon.* Sí, tu dependiente, contra quien cometes la humillación de robarle... Piensa bien esto.
- Car.* ¿Qué palabras son esas! Robarle yo! ¿Qué cosa?
- Leon.* Su posición ante el mundo. Su buen nombre.
- Car.* ¡El buen nombre de Heineke! Oh! (Con desprecio. Guillermo aparece con dos tarjetas de visita que entrega á Leonor.)
- Leon.* Visita para tí.
- Car.* ¿Quién?
- Leon.* Leé. (Le da la tarjeta.)
- Car.* Lotario Brand y Hugo Stengel ¡Ah! Hazlos entrar. (El criado se va. Carlos deja la tarjeta en la mesa. Leonor se sienta ea la mescedora.) ¿Qué milagro! ¿Hoy no hay escape?

### ESCENA III

LOTARIO, STENGEL y dichos.

- Lot.* Te saludo, querido Carlos.
- Car.* (A su encuentro.) ¿Habeis venido á examinar el aaballo negro que he comprado? Excelente idea
- Hugo* [Saludando á Leonor.] Nos hemos tomado esta libertad.
- Lot.* Si no distraemos á la señorita.
- Leon.* (Con gentileza.) En nada absolutamente. Yo voy á las caballerizas muy raras veces. (Los dos jóvenes tosen.)

- Car.* ¿Quiéren ustedes tomar asiento?  
*Lot.* Esperamos el permiso de la señorita.  
*Leon.* (*Cortés, pero con frialdad.*) Os lo ruego. [*Toma un libro y lo hojea. Carlos la mira descontento. Se sientan.*]  
*Car.* ¿Dónde estuvisteis ayer?  
*Lot.* (*Pensando*) ¿Ayer?... Oh, cuánto trabajo pides á mi memoria... espera... ¿Qué día fué ayer?... Ah, sí; fui á una conferencia con papá... el café está nuevamente en baja y sin demanda.  
*Hugo* Hasta el punto de causar miedo: cincuenta y tres medio.  
*Lot.* De causar miedo, no es precisamente la palabra, querido Hugo... ¿Hay baja?... Lucharemos —Después, fui á una visita... Más tarde fui á comer al círculo de los oficiales.  
*Leon.* (*Levantando la vista del libro.*) Ah! ¿El señor Brand es oficial?  
*Lot.* (*Ofendido*) Creía, señorita, que ud. lo sabía ya. Soy Teniente supernumerario en los Húsares Imperiales.  
*Leon.* [*Sonriendo y mirando la mesita en donde están las tarjetas.*] Ah! es verdad! lo veo en las tarjetas de visita.  
*Car.* (*Tocándole la espalda.*) Es soldado en su casa, á caballo sobre la banqueta de estudio de su señor padre.  
*Lot.* (*Con importancia.*) Querido, te ruego que...  
*Leon.* Señor Teniente, no es ese el peor caballo para dar caza á la fortuna?...  
*Hugo* Muy bien dicho, señorita.  
*Car.* Dime, Lotario, ¿y por la noche dónde estabais? no me fué posible veros en ninguna parte.  
*Lot.* Ayer en la noche... fuimos invitados... ¿á dónde?... no me acuerdo bien... no hablemos

- de eso. (*Con malicia á Leonor.*) ¿Os sonreis, señorita?  
*Leon.* ¿Cómo, podreis figuraros!...  
*Lot.* Pero vos, en vuestro magnífico departamento no podreis nunca imaginar lo que en nuestro idioma significa la palabra *saison*.  
*Hugo* Hace dos meses, señorita, que no he dormido una sola noche, lo que se puede llamar dormir.  
*Car.* En efecto, y lo poco que ha dormido ha sido sobre las mesas de billar.  
*Lot.* Vamos, nuestro querido Carlos se chancea; mas si supierais qué cosa es ser mártir del placer, comprenderíais...  
*Leon.* Hago un supremo esfuerzo por comprenderlo y concluyo por compadeceros.  
*Hugo* (*Bajo á Lotario.*) Me parece que la señorita se mofa de nosotros.  
*Lot.* (*Bajo con arrogancia.*) Cada mujer coquetea á su modo  
*Hugo* (*Levantándose*) ¿No teníamos que ver al caballo de Carlos?  
*Lot.* Ciertamente! Id vosotros.  
*Hugo* (*Saludando.*) Señorita!...  
*Car.* Ven, Hugo, ven. (*Vanse Carlos y Hugo.*)  
*Leon.* (*Con impaciencia, mirando el reloj*) ¿Qué cosa tiene que pedirme ó decirme el señor Brand?  
*Lot.* Señorita Leonor, me es desagradable ver la displicencia con que me tratáis, porque aunque mi valimento es pequeño...  
*Leon.* Y para asegurarme esto, ¿dejais de ir á...?  
*Lot.* Un momento, os lo suplico...  
*Leon.* (*Para sí.*) Una petición de matrimonio!  
*Lot.* Mis defectos serán innumerables, pero os protesto, señorita, que soy un hombre de honor.

- Leon.* Me parece que esa es cualidad natural en un hijo de buena familia, señor Brand, y no encuentro mérito alguno en que seais hombre de honor, como no lo encuentro en que lleveis un vestido bien hecho.
- Lot.* ¿Quiere decir que vos apreciáis en poco mis cualidades!...
- Leon.* No desprecio lo que vos ostentais como cualidades, como no desprecio tampoco á los que van mal vestidos. Solamente que las apariencias engañan muchas veces.
- Lot.* Debo confesaros que en verdad me intimidais con vuestros razonamientos, pero en último resultado, deseo manifestaros que poseo el valor como otra de mis cualidades.
- Leon.* Oh! eso es muy meritorio. Yo soy admiradora del valor. Mas, ¿en qué ocasiones lo habeis manifestado? ¿Podríais satisfacer esta mi curiosidad?
- Lot.* Podeis preguntarlo á mis amigos. Ellos seguramente os lo dirán.
- Leon.* ¿Queréis decirme que os habeis batido?
- Lot.* No se debe hablar de esto con las señoritas.
- Leon.* ¿Por qué no? Nosotras sabemos y podemos igualmente hablar de duelos. No hemos nacido para otorgar el lauro al vencedor? También la mujer se ha encontrado alguna vez en la necesidad de romper una lanza en favor de una idea mal juzgada, pero que en su interior la reconocía como buena y como suya.
- Lot.* ¿Cómo podeis creer eso? Semejante idea no se puede tener...
- Leon.* ¿Habeis soportado alguna vez en silencio una indignidad, una calumnia?
- Lot.* Yo?...en silencio?...Al contrario!

- Leon.* ¿Nunca?
- Lot.* Nunca, señorita.
- Leon.* Muy bien. Entonces, con respecto al asunto de vuestro valor, no se sabe todavía nada de positivo, señor...puedo decir Teniente. Primero lo probareis; después continuaremos hablando. [*Levantándose.*]
- Lot.* (*Procura detenerla.*) ¿Pero, señorita?

ESCENA IV.

CONDE TRAST, ROBERTO, GUILLERMO y los mismos.

- Guill.* Si los señores quieren esperar un poco, pueden entrar aquí.
- Leon.* (*Ap.*) Ah! por fin ha llegado! (*Corriendo al encuentro de Roberto y estrechándole la mano con confianza*)
- Conde* (*Para sí.*) Ah! ¿Así están las cosas? (*Al criado que está para salir por la puerta del comedor.*) Un momento! (*Toma una tarjeta de visita que tiene el criado y la pone en su bolsillo.*)
- Lot.* (*Observando á Roberto y á Leonor.*) ¿Qué significa esto?
- Conde* Con mi tarjeta basta. Podeis marchar. [*Vase el criado.*]
- Rob.* Señorita! Me permito presentaros al señor Conde Trast, mi protector y cariñoso amigo.
- Leon.* Me permito, señor, presentaros al señor Lotario Brand! El señor Conde Trast! El señor Roberto Heineke, mi amigo de infancia.
- Lot.* [*Bajo.*] Me presenta al hermano de Alma. Esto es muy placentero. (*Alto.*) Escusadme, señores, pero mis amigos... (*Con arrogancia.*)
- Conde.* ¿Os esperan? ¿Verdad?